

Biblioteca-Films

LA TIERRA EN LLAMAS

REPETIDA

N.º 117

25
céntos.



Lya de Putil
Werner Krauss

MURNAU

Año III

Núm. 117

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

○ Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

1922

Der Brennen de Acker

La Tierra en llamas

Novela de un corazón avasallado por la ambición
desmedida que sólo halla la paz en la vida apacible
y tranquila del hogar

Exclusiva: JULIO CÉSAR, S. A.

Aragón, 316 - Barcelona

PERSONAJES

INTÉRPRETES

Carlota
Elena
Rog
Juan Rog, el ambicioso.

Lya de Putti
Stella Arbenina
Werner Krauss
Edouard de Winter

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA



I

Estamos en el corazón de la antigua Polonia. Un castillo feudal, el del conde Redomir, alza sus viejos torreones en medio de un pueblucho de sencillos labriegos.

El actual propietario del castillo, el conde Redomir, viejo aristócrata, está casado en segundas nupcias con una mujer joven y hermosa llamada Elena.

Al empezar nuestra historia, el conde Redomir está sentado a su mesa escritorio de la biblioteca del castillo, inclinado ante un viejo cronicón apergaminado... Con un interés vivísimo que se ve reflejado en su semblante, busca en el viejo códice un texto que al parecer le interesa conocer.

Por fin, lanza un grito: «¡Aquí!», exclamando un golpe en el libro. Se incorpora, y acercando su vista a los góticos caracteres lee en alta voz:

...y así vivía, con el pensamiento fijo día y

noche en aquella tierra inculta y abandonada, como si Satán se hubiera apoderado de su ser... hasta que un día, el conde llamó a su servidumbre y a sus campesinos para que desenterrasen el tesoro escondido. Y como él creía que había un tesoro escondido en las entrañas del campo, hizo trabajar día y noche a sus criados hasta que lo encontraran... Pero una infernal explosión mató a cuantos entraron en el pozo abierto en aquel campo llamado del Diablo... En señal de duelo, el conde hizo teñir, en el lugar de la explosión, una capilla a la Virgen de los Dolores...

El conde Redomir se sentó, pensativo, teniendo entre los dedos de su mano diestra un amarillento y arrugado papel puesto como señal en aquella página del libro que tenía abierto.

Estuvo un momento pensativo. Cuando fue a cerrar el antiguo códice y se disponía a poner, de nuevo, el estrujado papel entre las dos hojas donde había leído lo que queda transcrito, observó que aquella hoja de papel estaba también escrita con los mismos caracteres góticos.

Desenvolvió y desarrugó el pliego y leyó, no sin extrañeza:

...Como no renuncio a descubrir el secreto es necesario que mis herederos continúen trabajando la tierra y buscando, sin cesar ni descanso, hasta que encuentren el tesoro que debe encerrarse en sus entrañas el campo del Diablo.

El conde Redomir dobló cuidadosamente el pliego, lo volvió a dejar entre las vetustas ho-

jas del viejo cronicón y tomándolo lo fué a colocar en el lugar de la biblioteca donde, pegado con dos clavitos, había un cartoncito con este letrero: *Crónicas de los condes de Redomir*.

Luego, preocupado, con las manos entrelazadas a la espalda, el anciano conde se puso a pasear por la extensa habitación, pensando en el tesoro oculto en el campo del Diablo.

Bastante tiempo estuvo el de Redomir zati-queando la biblioteca.

El sol enviaba sus postrimeros y mortecinos rayos sobre aquel campo por el que los campesinos nunca pasaban sin santiguarse sobre-cogidos de un pavor que les hacía acelerar el paso.

Como un panteón alzábese en medio de aquel campo yermo una humildísima capilla sombreada por dos frondosos sauces que parecían querer abrazarla con sus ramas. Los murciélagos, que en los agujeros de la capilla se guarecían, desprendíanse al desaparecer la luz del sol y revoloteaban, cerca de la solitaria capilla, acentuando el color de la misteriosa mansión con que todos la conocen.

Por los caminos más apartados del campo del Diablo, grupos de aldeanos se apresuran a ganar sus mansiones, por el temor de una lluvia inmitente; pues el cielo se va encapotando por momentos. Oyense los esquilones del ganado vacuno que los pastores conducen a sus cuadras.

El frío es intenso.

De pronto, se abre una puerta secreta del secular castillo, puerta que da a una poterna, y

alguien sale llevando en la diestra un farolillo.

Por su menguada estatura y su talla curvada adivinamos al propio conde Redomir. ¿Dónde irá?

Atraviesa el campo del Diablo y se dirige con paso firme a la capilla en el mismo encla-



El conde Redomir está casado con una mujer joven, llamada Elena (pág. 2)

va... Penetra en ella. La luz del fanal disipando las tinieblas del sagrado lugar, nos permite observar en el interior del pequeño templo: un altar de mármol coronado por una cruz y... nada más.

El conde levanta una trampa que hay al lado mismo del altar y desciende por una escalera de madera... Un minuto después vuelve a subir murmurando: «No me atrevo».

Y vuelve al castillo.

Unos segundos más tarde, se desencadenó una tempestad de nieve que a los pocos instantes cubrió la campiña de un albo manto.

II

Entre tanto, Elena, la joven y dulce esposa del conde de Redomir, habla con Carlota, la hermosa y altiva hija del conde de Redomir, habida en su primer matrimonio.

Es Carlota la joven más linda de toda la comarca y tiene tantos pretendientes que eso la enorgullece y le da humos para despreciarlos a todos.

Carlota trata a todos con altanería incluso a su anciano padre, y sobre todo a su madrastra a la que, lejos de amar, aborrece muy cordialmente.

Oigamos la conversación de las dos castellanas:

—Carlota, el viejo Rog está muy enfermo; en trance de muerte... Quizá yo debiera ir a su lado para asistirle en estos momentos.

—¿Salir de casa en una terrible noche de nieve como esta?... ¡No pienses en ello!

—Sin embargo, este pobre Rog...

—Si nos vamos a compadecer de todos los enfermos y desvalidos... Puedes esperar a ma-

ñana. Creo que no corre tanta prisa... ¿No te parece?

—Me parece, Carlota, que no tienes buen corazón.

En aquel momento entregaron una carta a la hermosa hija del conde, y se apresuró a leerla.

Decía así:

Dos meses han pasado, Carlota, sin recibir una carta de usted. ¿Por qué este silencio?... No puedo vivir en esta incertidumbre y como Juan Rog ha sido llamado a casa de su padre moribundo, yo parto con él y estaré mañana en el castillo de Lellewski. Es preciso, es indispensable, Carlota, que yo la vea a usted.

LUIS DE LELLEWSKI

Carlota se encerró en su habitación y escribió:

Señor don Luis de Lellewski: Dice usted que desea verme. Conforme. Pero le advierto que si es para hablarme de matrimonio, perderá el tiempo, pues aún no he tomado ninguna decisión y por ahora sólo siento necesidad de estar sola.

CARLOTA

La joven llamó a una de sus criadas y, en presencia de su madrastra, le ordenó:

—Lleva en seguida esta carta al castillo de Lellewski.

—¿Cómo, Carlota?—repreniéndola la condesa—. ¿Obligas a tu doncella a salir con este tiempo infernal?

—Es que me urge que esta carta llegue hoy mismo al castillo.

—Como quieras... Yo bajo a las habitaciones de las criadas. ¿Quieres venir?

—Gracias. Estoy cansada de oírles repetir siempre su estúpido cuento del campo del Diablo.

La madrastra dejó a Carlota y se fué a las habitaciones inferiores donde las criadas estaban reunidas limpiando las legumbres que debían servir para la cena.

—Anda, Marfa, cuéntanos la historia del campo del Diablo—rogaba una de las sirvientas a la que así se llamaba.

—No, no; dejadme... No quiero contaros nada. El señor conde lo ha prohibido—contestó Marfa, la más anciana de las servidas del castillo.

En aquel momento entraba la Condesa. Todas se volvieron.

Con voz suavísima, la condesa insinuó:

—Anda, sí, mi buena Marfa, cuéntalo. ¡Me gusta tanto oír esas viejas historias!

La condesa Elena se sentó algo separada de las sirvientas, y la vieja Marfa empezó su relato:

«Hace de esto muchos años. Ninguno de los que vivimos hemos alcanzado los hechos que voy a relatar.

»Allí donde se alza ahora la capilla del campo del Diablo, uno de los condes de este castillo hizo unas excavaciones en busca de un tesoro oculto. Todos sus criados le ayudaban en la empresa. Un día, cuando era mayor la aglomeración alrededor y dentro del pozo abierto,

salieron del mismo unas llamas que abarcaron a cuantos estaban en el campo del Diablo.

»Desde aquel desventurado día, aquel campo se llamó como hoy le conocemos. El conde hizo construir allí una capilla expiatoria; pero el campo sigue maldito y la maldición caerá sobre quien lo atraviere sin santiguarse.»

Todas las mujeres, incluso la condesa, se santiguaron devotamente.

III

Muy cerca del castillo de Redomir existe un vetusto caserón, perteneciente a los más ricos labriegos de la aldehuela. Todos la llaman la casa Rog.

Conozcamos a sus habitantes.

El anciano jefe de familia Rog, viudo desde hace más de diez años, yace en cama, presa de una terrible enfermedad, de las que no perdonan a sus víctimas: una pulmonía doble, agravada por setentiocho años de edad.

Rog es un anciano que resume toda su vida en esta máxima: «Haz bien sin mirar a quien».

Su hijo mayor, Pedro, de 39 años, está constantemente a su lado y es su paño de lágrimas. Nunca se ha separado del autor de sus días y ha sido su ayuda y su amparo.

Pedro es el verdadero administrador de los bienes patrimoniales y el encargado de todos los mozos y criados que comen el pan en casa de los Rog.

El hijo segundo, Juan, de veintitrés años,

carácter ambicioso y aventurero, hace años salió de su casa y se las campa por sus respetos, algo olvidado de los suyos, a quienes hace tiempo no ha visto.

Marina, linda y humilde campesina de veinte primaveras, aunque no sea de la familia, considéranla de ella por haber sido sirvienta de la casa Rog desde su más tierna infancia. A Marina ya no la consideran como criada, sino como a hija de la casa.

Marina había sido prometida del ausente Juan Rog, cuando éste no había pensado en abandonar el pueblo en alas de su ambición.

Completan el cuadro de aquella patriarcal casa de labranza, diez personas más entre mozos y criadas; y todos son considerados como de la familia, como se ve a las horas de la comida en que amos y criados se sientan alrededor de la misma mesa, sin diferencias de clases.

Tal es la familia Rog.

Una habitación espaciosa; en el fondo, una cama anchísima apabellonada; y en ella el anciano jefe de familia con la faz cadavérica, respirando fatigosamente.

El anciano hace señas con la mano a su hijo Pedro, indicándole que se acerque. Así lo hace.

—Pedro... ¿Dónde está Juan?—pregunta el moribundo con voz apagada—. ¿No ha llegado todavía?

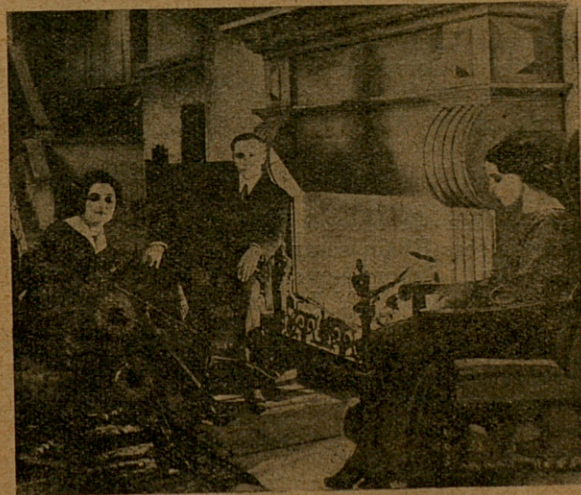
Pedro pone el índice ante sus labios indicando a su padre silencio, y mueve la cabeza en señal de negación; pero, al ver que el enfermo se impacienta, dícele:

—Ya vendrá, padre, ya vendrá... No ha de tardar.

—¡Llegará demasiado tarde!—musitó el anciano con voz entrecortada.

—No, no; descansa, padre, y está tranquilo. Juan vendrá.

—Mira, Pedro, ¿sabes lo que puedes hacer?



Carlota desechó las pretensiones de Luis... (pág. 18)

El hijo inquirió con un movimiento de cabeza y el enfermo contestó:

—Vete a buscar al confesor... Me muero.

Pedro volvió la espalda y se secó dos lagrimones que asomaban en sus pupilas.

El viejo, siseando, llamó a su hijo mayor

que simuló una sonrisa para esconder su dolor. Rog dijo a su primogénito con voz entrecortada:

—Pedro, hijo mío, mi alma volará dentro de breves instantes a la eternidad; mi cuerpo volverá a la nada, de donde salió. Tú eres mi heredero... Mi primera recomendación es que veles por Juan. Te lo confío. Su ambición me da miedo. Conviene que se case con Marina, y que se quede aquí, en la heredad.

—Sí, padre mío, así lo haré.

Salió del dormitorio y fué en busca de la linda Marina, la dulce hija de adopción de la casa.

—Marina—le ordenó Pedro—, ve a llamar al confesor. El fin se aproxima.

—¡Ay! ¡ Señor!—exclamó la joven—. ¡ Pobres de nosotros! ¡ Y Juan no viene!...

Entre tanto, un trineo, arrastrado por un caballo, se dirige al pueblo. El viajero que ocupa el vehículo, al ver el rumbo seguido por el guía, le grita con enfado:

—¡ Por todos los diablos, sigue adelante!... ¿ Por qué no seguimos el camino todo derecho?

—Señor—contesta amedrentado el gufa—, habría que atravesar el campo maldito y ahora, de noche, no me atrevo.

—¿ Tienes miedo de los cuentos de viejas? Yo debo llegar en seguida. Sigue derecho sin más rodeos.

El guía hizo la señal de la cruz y atravesó el campo maldito, al decir de las gentes, con vertiginosa carrera.

Al llegar a los muros del castillo oyéronse aullidos de perros.

—Pero ¿ por qué aullarán los perros del pueblo de ese modo?—preguntó el viajero.

—Es—contestó el guía—que presienten la proximidad de la muerte. Alguien muere en el pueblo.

En aquel momento, el trineo se paró ante la puerta de la casa Rog.

El ocupante del mismo bajó precipitadamente y penetró en la casa.

Era joven, vestía con elegancia y parecía distinguido.

Un instante más tarde éste entraba en el dormitorio del anciano Rog.

Arrodillado a la cabecera del lecho aparecía Pedro, el hijo mayor que tenía los brazos tendidos hacia su padre. Al otro lado, de pie, Marina se tapaba la cara con un descomunal pañuelo a cuadros.

El recién llegado, al penetrar en la habitación, se quedó clavado en la puerta sin atreverse a dar un paso.

Pedro, al verle, se avanzó, le tomó por el brazo y haciéndole avanzar hasta el lecho, pronunció solemnemente, extendiendo su brazo:

—Juan, aquí tienes a nuestro padre... ¡ muerto! Dios no ha querido concederle la gracia de que lo hallases con vida... ¡ Reza por su alma!...

Marina, al oír el nombre de su amado en quien siempre pensaba, se volvió hacia él y exclamó:

—¡ Juan!... Has llegado cinco minutos tarde...

Al día siguiente, después del entierro del buen Rog, terminada la comida, Pedro Rog llamó a su hermano:

—Espera un poco, Juan; tengo algo que decirte.

—Llevo prisa—adujo Juan.

—Sólo te vemos a la hora de la comida. Vives entre nosotros como un extraño sin querer hablarnos ni convivir con nosotros. ¿Qué tienes?

—Nada, no tengo nada.

—¿Estás quizá celoso porque soy yo el que lleva la finca?

—Yo me río de tu finca.

—¡Por Dios, Juan, no desprecies la tierra de tus padres, donde tú has nacido!

—Pero, ¿no comprendes, Pedro, que yo no soy como vosotros, que he viajado, he visto mundo? ¿No ves que no puedo vivir en estas habitaciones tan bajas y mal olientes, con estos hombres tan estúpidos como su ganado?

—¡Juan!

—Déjame, me voy a dar un paseo a caballo por el bosque... ¡Adiós!

Juan ordenó a uno de los mozos le ensillara uno de los caballos y, un momento más tarde, salía jinete en un hermoso alazán.

IV

—Señor conde, el hijo del conde de Lellewski desea ser recibido por el señor.

—Que entre.

Un minuto después penetra un joven delgado, de mediana estatura, ni feo ni guapo, en el despacho del conde. Después de los saludos de rúbrica, el recién llegado dice:

—Perdone usted que venga a verle tan de improviso; pero he recibido ayer noche unas letras de Carlota que me han llenado de inquietud.

—Celebro saludarle, Luis, y le agradezco haya venido por este castillo... ¿Qué le podía decir mi hija para inquietarle de este modo?

—Lea usted, señor conde.

Y Luis de Lellewski le entregó la misiva recibida de Carlota, que el conde leyó.

—¡Caprichitos de niña mimada!—exclamó el conde devolviendo al joven la carta—. Yo arreglaré esto. Siéntese y espere un momento. Voy en busca de Carlota.

Salió el conde. En las escalinatas que conducían al patio de honor topó con Carlota, que bajaba vestida con traje de montar y con un bastoncito en la mano.

—Oyeme, Carlota.

—¿Me llamas, papá?

—Sí; Lellewski está aquí.

—¡Ah!... ¿Sí? Pues... me alegro mucho.

—Ya hace mucho tiempo que viene soportando tus caprichos... V debes dar fin a esta comedia que ya dura demasiado...

Carlota se encogió de hombros.

—No te entiendo, papá.

—Más claro: ¿quieres o no casarte con él?

—Ja... ja... ja...

—¿Qué contestas?

—Perdóname, papá, mi caballo me espera.

Y, sin pronunciar una palabra más, Carlota bajó rápidamente las escaleras, mientras su anciano padre se quedó con la boca abierta como quien ve visiones.

Y mientras la joven montaba a caballo en el preparado en el zaguán del castillo, su padre, el conde Redomir, se excusaba ante el joven:

—Amigo Luis, tendrá usted que resignarse a mi compañía hasta que Carlota regrese de su paseo a caballo.

—Si no es molestarle...

—No se desanime usted, Luis. Carlota es algo original, una muchacha quizás un poquito salvaje; pero crea que vale la pena de que usted se dé maña para conquistarla.

—¡Caramba!... ¿Conquistarla? Yo ya sé que no soy un don Juan y además, a mi edad.

—Las mujeres son caprichosas y Carlota más que ninguna mujer.

Dejemos al conde de Redomir y a Luis de Lellewski entretenidos en su conversación, mientras esperan a Carlota, y sigamos a ésta

V

La hija del conde de Redomir, durante su paseo por el bosque, halla a Juan Rog. Ya hemos dicho que éste es un joven apuesto, de buena presencia y elegante.

Carlota conocía a Juan y estaba prendada de él. Al verle, puso su caballo al trote hasta alcanzarlo. Los jóvenes se saludan y prosiguen juntos su paseo. Oigámosles:



Pedro redactó un documento... (pág. 26)

—¿Usted por aquí, Juan?... ¿Desde cuando está usted en el pueblo?

—Llegué anteayer. Mi padre me hizo llamar para hablarme antes de morir; pero he llegado tarde.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Mi hermano Pedro quiere que me quede en casa; pero no hay nada que me disguste tanto como el trabajo de la tierra.

—Si no quiere quedarse en la finca venga a ver a mi padre; precisamente ahora necesita un secretario. Yo le hablaré para que lo admita a usted como tal.

—¿Tiene usted mucho interés en que esté empleado en su castillo?

—Mucho, Juan. No sabe usted cuanto me alegraría de que viviese usted bajo mi propio techo.

—¿De veras, Carlota?

—No hay nada en el mundo que me moleste tanto como que usted dude de mis palabras.

—Este su sentimiento, Carlota, me enorgullece... Hable de mí a su padre, y tenga por seguro que acepto, desde luego, a ser su secretario.

Con esta conversación, llegaron al castillo los jóvenes y de resultas de ella, el mismo día, Juan Rog fué admitido como secretario del conde de Redomir.

Carlota desechó las pretensiones de Luis de Lellewski, quien tuvo que partir al castillo de su padre, sin poder obtener ni una mirada de la mujer de sus pensamientos.

Carlota y Juan salían todos los días a dar su paseo por el bosque y este continuo trato au-

mentó el cariño de Carlota por el joven; y en apariencia, también el de Juan por la hermosa castellana.

Y decimos en apariencia, porque Juan Rog, espíritu mezquino y ambicioso, sin idealidad, sin nobleza de sentimientos, aparentaba estar enamorado de Carlota, no por amor ni por los sentimientos que ésta le pudiera inspirar, sino por los beneficios materiales que pudiera sacar de llegar a poseerla en matrimonio.

Los constantes paseos que Carlota y el nuevo secretario de su padre daban en el bosque solitario, dieron margen a murmuraciones de los labriegos y familiares de ambos.

Quien más padeció de estas murmuraciones de las gentes fué la buena y linda Marina, que se quejaba amargamente a Pedro Rog de que su Juan a quien quería con toda el alma, de tal modo hiciese mofa de sus antiguas promesas y del cariño que ella en secreto le profesaba.

Así transcurrían las semanas en el castillo.

Aquel día, el conde Redomir y su secretario trabajaban en el despacho del primero.

—Amigo Rog—dice el conde—, pronto voy a borrar una tradición siniestra que pesa sobre el pueblo...

—La del campo del Diablo.

—Justo. En ese campo existe un yacimiento de petróleo.

—¿Está usted seguro, señor conde?

—Segurísimo. Es absolutamente cierto. Todos mis cálculos y observaciones lo comprueban.

—Entonces tiene usted en este campo, propiedad del castillo, una fortuna inmensa.

—¡Inmensa!—repitió el de Redomir—. Y si Dios me da unos años de vida seré propietario de uno de los yacimientos más ricos del mundo.

—Se le felicita, señor conde.

—Gracias... Hoy, Juan, vamos a redactar mi testamento. Vamos a hacer el borrador del mismo. Escribe.

Yo, el otorgante, José Redomir, en plena posesión de mis facultades, decido lo siguiente: Después de mi muerte, mi hija Carlota, nacida de mi primer matrimonio, heredará toda mi fortuna, bienes y castillos. A mi esposa Elena lego la propiedad del terreno conocido con el nombre de Campo del Diablo.

Es mi voluntad, además, que mi esposa Elena conserve el derecho por toda su vida de habitar el castillo de Redomir.

—Llevará usted este borrador a casa del notario—ordenó el conde—, que lo ponga en limpio y me llame para firmarlo.

—Bien está.

Entre tanto, en el salón de invierno de la planta baja, Elena y su hijastra sostienen un diálogo que nos conviene conocer.

Dice la madrastra:

—Carlota, hija mía, como esposa de tu padre, tengo el deber de ponerte en guardia contra las habladurías de la gente... ¡Esos paseos con Juan...!

—¡Las habladurías de la gente!... Ja... ja... ja... ¿Se ocuparía usted tanto de ellas si fue-

se con usted con quien Juan diese sus paseos?

—¡Por Dios, Carlota, piensa que te quiero con el interés de madre!...

—Quiero menos interés y más libertad... Supongo que ya soy bastante crecida para poder guiarme sola.

Y al decir esto, Carlota plantó a Elena y fué a sus habitaciones.

Elena se sentó al lado de la chimenea en la que chisporroteaban unos leños.

En aquel momento, Juan Rog, viendo a la señora de su amo sola, fué hacia ella.

Hemos dicho que la condesa era joven y hermosa.

Juan Rog, desde que se enterara del tesoro que encerraba el campo del Diablo y que la heredera de aquélla era Elena, pensó en conquistar su amor: sólo vivía de la ambición, ella sólo le inspiraba.

Llegó donde estaba la condesa y, después de dirigirle una mirada profunda, con voz suave y amoroso acento se expresó así:

—¡Cuánto sufro, condesa, al ver su soledad y el abandono en que la tiene sumida el conde!

—Síntese, Juan... El conde es muy bueno conmigo.

—No, Elena, no; el conde no la ama y yo sufro tanto como usted del abandono en que la deja.

—Mi esposo ya no siente los impulsos amorosos de su juventud: ¡es tan viejo!

—¡Y usted tan joven y hermosa, Elena!... ¡Ah!... ¡Si yo pudiera...!

—¡Juan, por Dios!

—¡Si yo pudiera hacerla feliz!... Si he querido entrar al servicio del conde, fué pensando en...

—En Carlota.

—No, no, Elena. Le juro que fué para estar más cerca de la mujer más hermosa de Polonia, de usted, a quien amo.

Y al decir esto, Juan osó tomar entre las suyas la mano de Elena que llevó a sus labios y besó con pasión.

—No, Juan; aunque usted me amase más que a todo el mundo y aunque mi corazón hubiese de sucumbir en el abandono y soledad en que vivo, nada habría capaz de hacerme traicionar a mi marido.

—Pues aunque usted, Elena, me desprecie; aunque no tenga para mí más que un sentimiento de lástima, yo no dejaré de amarla con toda mi alma.

—¡Juan!

—¡Elena mía!

Juan rodeó con su brazo el busto de la condesa. En aquel momento, desde lo alto de la escalera que daba al gran salón de invierno, Carlota vió a Juan y a su madrastra en aquella actitud y, furiosa, fué a avisar a su padre:

—Papá, tu esposa te falta... Ven y lo verás.

El conde de Redomir fué testigo de lo que su hija le aseguraba y se apresuró a bajar a donde se hallaban los que él creía amantes.

Elena temblaba. Juan quedó tranquilo. Parecía natural que el conde abofetease a aquel hombre y le echase de su casa; pero, lejos de

obrar así, casi con lágrimas en los ojos, se lamentó, dirigiéndose a su esposa:

—¡Ah!... ¿De modo que tú le amas?



—¿Olvidas que ese campo no se puede vender sin mi consentimiento? (pág. 28)

—¡Dios mío!... ¿Por qué le has hecho venir aquí?

—¿Y tú, Juan, también la amas?

—Sí, la amo; ¿por qué negarlo?

—Tus palabras—repuso el conde con tristeza—deben ser sinceras, puesto que no ignoras

que a mi muerte todos mis bienes serán para mi hija... ¿Para qué oponerme a vuestro amor si mi experiencia de la vida me hace comprender que no hay nada que al amor se oponga?... Sólo os pido que tengáis un poco de piedad para mí... Poco tiempo he de vivir ya... Después seréis libres.

Dijo el conde, y volvió la espalda, mientras Carlota, que había asistido a esta escena desde la parte alta de la escalinata, bajaba. Se encarró con su madrastra y dirigióle este apóstrofe con sarcástica sonrisa y rugiendo de cólera:

—Ahora me explico porque se interesaba usted tanto por mis paseos a caballo con Juan.

Aquel golpe fué fatal para el anciano conde. Al día siguiente guardó cama y, pocos días después, dejaba de existir.

VI

Elena y Juan Rog se han casado.

La primera no es más feliz en el segundo matrimonio que en el primero: la misma inquietud, la misma amargura y soledad ensombrecen su alma; Juan no la ama y Carlota la aborrece.

Pocos días después de casados, Juan Rog fué a la capital con el fin de pedir la ayuda financiera para explotar los yacimientos de petróleo del campo del Diablo, para lo cual llevaba documentos en regla de los experimentos hechos con todo sigilo por ingenieros expertos.

La sociedad bancaria a la que se dirigió,

después de maduro examen de los documentos periciales y de haber hecho un experimento por técnicos sobre el terreno, le ofrecieron por la adquisición del terreno, veinte millones de coronas.

—¡Veinte millones!—exclamó el ambicioso Juan—. No estoy conforme. Yo no he pensado nunca vender el campo del Diablo, sólo pido a ustedes la ayuda financiera necesaria para emprender la explotación.

Volvióse a reunir el consejo del Banco y, después de larga deliberación, se acordó abrir un crédito para iniciar los trabajos, nombrando a Juan Rog, director gerente de la explotación con un sueldo fabuloso y una prima de diez millones de coronas.

Y mientras Juan Rog se hallaba en la capital, Elena creyó que todas sus desventuras provenían de la posesión de la malhadada herencia, cuya fortuna ignoraba. «¡Maldita sea esta herencia!—clamaba—. ¿Habrás de pesar eternamente sobre mi vida?»

Y así pensando fué a casa de su cuñado Pedro Rog.

—¿En qué puedo servirla, señora?—inquirió el rico labriego.

—Pedro, yo soy tu cuñada; puedes llamarme Elena.

—Dime, Elena, en qué te puedo servir.

—Pedro, todo el mundo te quiere y te respeta en el pueblo; todos vienen a contarte sus cuitas y a pedirte consejo... A eso vengo yo... ¿Crees que podré encontrar alguien que quiera comprar el campo del Diablo?

—¡ Oh !... Nadie querrá en esta comarca. Es una tierra inculta que se tiene por maldita. Y ¿piensas pedir mucho dinero?

—No sé; quizás unas doce mil coronas.

—¿Doce mil?... Eso se paga por un terreno que no vale nada y como me disgustaría ver esas tierras en manos de gentes extrañas, yo te lo compro.

Pedro redactó un documento por el que se manifestaba haber vendido Elena el campo del Diablo a aquél y ésta lo firmó, recibiendo el precio convenido.

A la mañana siguiente, cuando Juan regresó al castillo y se enteró de la venta del terreno por el que le habían prometido tantos millones, creyó volverse loco.

—¿Qué has hecho?... ¡ Desgraciada !... ¡ Ese campo vale hoy muchos millones !... Contiene una mina de petróleo.

—Dime, Juan, cuando te casaste conmigo, ¿tú sabías esto?

—Sí, lo sabía, me lo dijo tu primer esposo.

—Entonces, tú no me has amado nunca.

—Déjate de cuentos a estas horas y busquemos la manera de anular esta venta.

Momentos después, Elena volvía acasa de su cuñado a devolverle el dinero. Pedro le devolvió el recibo, pero ella lo hizo pedazos y salió alocada; pero nadie nunca más volvió a verla.

Juan fué a casa de su hermano:

—¿ Mi mujer te ha vendido el campo del Diablo, Pedro?

—Sí; pero...



—Dígame que sólo era a mí a quien amaba (pág. 28)

—¿Olvidas que ese campo no se puede vender sin mi consentimiento? Además, ese campo tiene en sus entrañas una mina de petróleo y ella lo ignoraba. Debes saber que yo me casé con ella porque sabía eso.

—Toma—dijo Pedro arrojándole a la cara los trozos del recibo que su esposa había roto—, márchate, me avergüenzo de tu conducta.

Elena ha desaparecido. Hay quien asegura que se había arrojado al río.

Luis Lellewski ha escrito varias veces a Carlota requiriéndola de amores. Esta, sin embargo, ama a Juan. Al conocer la triste suerte de su madrastra, fué Carlota a hablar a Juan Rog.

—Dígame, Juan, dígame la verdad. ¿No fué por sus millones por lo que usted se casó con ella?... Dígame que sí, que sólo fué por sus millones y seré feliz. Dígame que sólo era a mí a quien amaba... ¿No me contesta, Juan?

—Yo no he amado nunca a nadie. Una sola pasión me ha guiado siempre en mi vida: el dinero, la ambición... Y ahora me causo horror a mí mismo.

Aquella tarde, Carlota mandó a su pretendiente la siguiente carta:

Querido Luis: No pienses más en mí, por que no podría amarte. Mi corazón pertenece a un ambicioso, monstruo de maldad, que ha hecho la desgracia de nuestra familia. Mi deber es castigarle, aunque me cueste la vida.

CARLOTA

Los ensayos hechos en el sondeo de los pozos

de petróleo del campo del Diablo, superan a todas las esperanzas. Se puede empezar en seguida la explotación en grande.

VII

Es de noche.

Una mujer, joven en apariencia, sale del castillo de Redomir y atraviesa el campo del Diablo: es Carlota. Lleva en su alma un infierno de venganza.

Un instante más tarde una inmensa llama asciende desde los pozos petrolíferos hasta las nubes: es la venganza de un amor ultrajado; es el castigo de la ambición; es la destrucción de una inmensa fortuna soñada por un demente; es la tierra en llamas.

EPILOGO

Cuando, al día siguiente, se presentó Juan Rog en su casa cabizbajo y arrepentido, ante su hermano y ante sus criados, confesó su maldad en estos términos:

—Hermano, no soy digno de que me des la mano. He pecado gravemente porque te he ofendido en lo más sagrado, en el respeto que debemos a nuestra sangre. Perdóname tú también, Marina, que despecé tu amor. Y a to-

dos vosotros os pido también perdón, porque valiéndome menos quise ser más que vosotros.

—Ven hermano, a mis brazos—perdonó Pedro—. Vamos a tu cuarto.

Y como viera Juan su habitación ordenada y limpia, exclamó:

—¡Oh, mi cuartito querido! Lo encuentro igual que lo dejé... ¿Quién ha cuidado de él?

—Yo, Juan—respondió la dulce Marina—, yo que te he estado esperando todos los días.

—¡Marina!

—¡Juan!

Los jóvenes se abrazaron.

Aquella tierra de maldición, la tierra en llamas del campo del Diablo, consumió la ambición de aquel corazón que halla la más completa felicidad en la humilde vida campesina del hogar paterno, al lado de la mujer amante que le ha aguardado hasta el fin.

FIN

Número 118 - **BIBLIOTECA FILMS** - 27 de abril

MACISTE EN LOS INFIERNOS

Drama fantástico por el insuperable artista italiano

MACISTE y la estrella **Elena Sangro**



Postal: *Adolfo Menjou*

25 céntos.

¡Próximamente!

aparecerá en el décimo libro de

Films de Amor

la romántica novela

La Princesa que amaba al amor

Poema fantástico-burlesco de **Sem Benelli**

por los eminentes artistas italianos

ITALIA ALMIRANTE MANZINI

ALBERTO COLLO

Aníbal Bertrone Oreste Bilancio

50 céntimos

¡ÉXITO!

¡ÉXITO!

Biblioteca Infantil

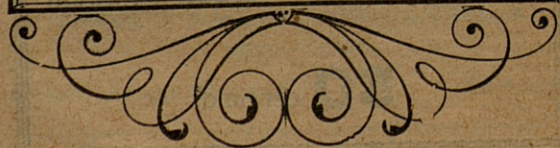
PRIMERA NOVELA

RIN-TIN-TIN GUARDA FARO



CONSTARÁ DE 4 CUADERNOS

10 céntimos cuaderno



BIBLIOTECA FILMS

—«Título de la supremacía»—

III III III

SELECCION

50 cénts.

III III III



ROSITA
LA VOZ DE LA
MUJER

LA ROSA DE FLANDES (3.^a edición)
¿DÓNDE ESTÁS HIJO MÍO?

LA BRECHA DEL INFIERNO (2.^a edición)
LOS NIBELUNGOS (2.^a edición)
KOENIGSMARK (2.^a »)

EN LAS RUINAS DE REIMS (2.^a edic.)

LA MUJER QUE SUPO RESISTIR (2.^a »)

LOS DOS PILLETES (4.^a edición)

COMO DON JUAN DE SERRALLONGA

CONCIENCIA CONTRA LEY

EL LOBO DE PARÍS: EL BIEN PERDIDO

EL ABUELO : LA MADRE DE TODOS

Solicitamos corresponsales: BIBLIOTECA FILMS

Calabria, núm. 96, despachos 1 y 4 - BARCELONA